

# Los huéspedes del olvido

Por Carlos Balaguer

(Tomado de la novela: "Si la muerte nos dejara otra primavera")

Después, obedeció un rumbo sin sentido, salió hasta el traspaso. Al fondo, se encontraba arrinconado un cuartucho bajo la sombra del árbol milenario hecho cenizas.

Un descorazonado breñal crecía sobre el destruido baldosín, trepando los muros. No sintió ninguna voz; ningún aroma fortuito del pasado; ningún estar presente. Recordó aquel mismo patio de su niñez, pero fue imposible reconstruir la exactitud de las imágenes. Sintió entonces lo que es estar en un planeta extraño, lleno de silencios y de irrecuperables ramas.

Después de quitar los candados entró a la media claridad del cuarto donde siempre se guardaron los cachivaches y artefactos sin uso y sin vida. La claridad verdosa bajaba desde el tragaluz cubriendo la periferia de los cuerpos. Había cuatro personas sentadas sobre muebles de mimbre. Se integró al grupo. Estuvo de pie, inquieto; perturbando acaso la secreta asamblea.

—Traigo malas noticias, señores.

Ninguno dijo nada, desde su palidez de daguerrotipo.

—Debemos desocupar —continuó—. Ha llegado el último aviso.

Afuera el viento se coló entre la seca ramazón haciendo caer un deprimente lloviznar de ceniza que siguió derrumbándose hasta ocultar por completo el rojo enjebado de la casa.

Ante la impavidez de aquella gente, Lucio exasperó.

—¡Sí! No pueden opinar. ¡Si guen igual que siempre, clan de sinvergüenzas!

Pero ellos no podían objetar ni responder, porque la vida los había matado. Agrietados, cubiertos de líquenes y sin el más

minimo impulso nervioso en su deteriorada armazón.

Desde que Lucio regresó a la casa descubrió los incalculables cambios. Los fue encontrando uno por uno en los rincones y pasillos hasta que decidió asilarlos en aquel cuarto que siempre sirvió de cripta, debido a los enfermizos deseos de Esther de conservar en secreto el dolor familiar.

Estaba cansado. La vida seguía significándole una inagotable espera. Asolado por su impura desesperanza trató de sacarles palabra como lo hacen en las cárceles por medio de todas las torturas. Pero el rostro de los difuntos era más impenetrable que los de toda opresión. Dentro de la degradación en que sucumben lo orgánico y lo social, no acababa en sus ojerías ni el más tenue resplandor de comunicación.

Estaban detenidos en un olvido aún más difícil de conquistar.

—¡Pervertidos! —rezongó—. El silencio es el asilo del vencimiento. Admitan que están vencidos. Que la memoria es sólo un diálogo roto; callado.

Esparcí furibundo el ramo seco de gladiolos por toda la estancia. Sus manos estaban cortadas por el vidrio del escaparate.

Les dijo que se hartaran ese bouquet y con la otra mano les mostró los diarios.

—Aquí está el informe de la vida. Hablan de una demolición. Los tractores y demoleedores mecánicos están haciendo mierda del desangrado ayer de esta tierra. Nos lo informan con treinta años de retraso. ¡Graciosa tardanza!

Dando traspás por la cojera emocional fue hasta el otro extremo de la asamblea, maltrecho y engarrotado. Sufrió la misma inutilidad endémica que atrapó crecientemente los escollos de la juventud.

Un licor ardiente inundó sus ojos. Continuó insultándoles, su-

mido en un triste monólogo de desatinos.

—¡Y a no les palpita ni el cuerpo ni el corazón! —vociferó—. No habrá ningún doctor Barnard en Ciudad del Cabo que pueda devolverles el palpitante de la vida.

Pensó que el corazón es un ciego alabastro que nace para vivir tan sólo unos instantes. Recordó a Dulcencombre, perdida entre la quietud de los nichos urbanos.

Se reclinó sobre el suelo, ante la serenidad inalterable de los presentes. Algo le devolvía sin embargo, a la vida. Se incorporó revivido por un sentimiento de despecho que le haría vencer hasta el último momento. Los otros seguían indiferentes sin romper para nada su voto de silencio. Les gritó pestes e injurias; que aun le quedaba aliento para desterrarlos. El mundo —si es que continuaba allá afuera— se derramaba en cualquier calle, escapando por las alcantarillas.

Se acercó con torpeza hasta Esther, la mujer del extremo derecho. Una peineta de oscuro carey se enterraba en su cráneo.

—¡Pobre Doña! Su destino fue irreversible. Nació puta igual a la madre y con esos deseos profundos de olvidar. ¡Parece mentira! Usted que amó las tardías ilusiones luce un tanto desmejorada, aunque permanezca tras la ventana cuadrada de su indiferencia. Pero dígame, y esa cajita de encajes antiguos que tiene en sus difuntas manos... ¿qué significa? ¿Piensa acaso, tejer con sedalina en el misterio de la tarde, lo que otras amantes destejieron en otras esperas? Recogió una gorra del suelo.

—Este juguete apuesto creo que perteneció al capitán Gavviota. Genial albañil de su propio destino y sembrador tardío de su esteril continente. Cortó de tajo las más hermosas posibilidades. Ninguno de ustedes debería perdonarle. Cubrió con sus cenizas el agua de la fuente...

Fue hasta el tercer congregado, encarándolo con el más sordido amor.

—Este regórdete maderamen —ventrudo y deforme— fue la sufrida Toña.



"Mujer con toalla", obra en bronce de Benjamín Saúl.

Cayó una lluviosa hojazón. Afuera, un niño de dos años miró hacia la tristeza de los cielos y comenzó a preguntar el principio de las cosas.

—¿Quién hizo los universos, Toña?

—Los hizo Dios.

Y todo pareció deshacerse entre la ira de los tiempos perdidos. Porque había tantas cosas que no tenían respuesta ni conclusión alguna.

—En el suceso de la vida todo nace perdido al parecer. Aun el

mismo amor —continuó Lucio—. Quiso agregar algo más y se le enfrió la sangre. Rehuyendo con la mirada aquel desperdicio infausto continuó su amargada retórica.

—Sólo me queda decir que Toña fue sencillamente buena; la madre de todos los que habitaron esta casa. Que quiso descubrir las luces de un mundo esperado al través de los ojos de Esther, de Dolores y de toda la gente que le rodeó. Que el irreparable vacío la hizo sentirse madre de una sociedad desterrada. La encontraron muerta un dieciséis de octubre sobre la masa gris de sus pasteles de higo, los cuales no llegó a terminar bajo el callado sudor delirante de la fiebre. Ese día no comieron sus pollos mal nacidos.

Se limpió los ojos con el dorso de la mano. En el fondo de su voz se advirtió un interior resuelto de piedad.

—Estoy seguro que fue a terminar al cielo la confección de sus pasteles. El cielo, apartado lugar de la primavera de sus ojos cerrados.

Después de hablarle a Toña, quieta y tan retirada de su vida, enfrentó a dos cuerpos abrazados; inconclusos y difíciles de entender. Al parecer la muerte los había detenido amándose. Les faltaba algunas de sus partes; quizás las piezas que van perdiéndose cada vez que se ama o que se deja un sitio para el olvido. Uno de ellos —la mujer— llevaba un grueso perraje de lana chapina, ya sin textura ni la estridencia del color. En la bifurcación del cuello se le enredaba un collar de lágrimas de San Pedro.

Lucio trataba, vacilante, de penetrar los umbrales disímiles del tiempo, pero todo estaba aparatoso y difícil de encarar. Recordó vagamente los abalorios de aquel collar y se sintió de nuevo retozando sobre el cuerpo de la mujer, hoy apagado por el endurecimiento de la materia.

Se fue del cuartucho, dejando atrás aquello que sólo el goteo de las aparentes clepsidras podría llegar a medir.

## Las Artes y las Letras

# Un Manojito de Rosas en la Historia

Por Dora Isella Russell

"¿Por qué, al aspirar la rosa, pensar en su belleza efímera? Conserva el recuerdo de su perfume y olvidarás que está marchita." Saadi.

A través de siglos, colocada por la predilección de los hombres en un trono invisible enseñoreada de todos los atributos de la hermosura, impera, con el hechizo de la levedad, el colorido y el aroma, una criatura vegetal en la que se ha visto el paradigma de la gracia absoluta. En verdad, no pudo hallarse representación más precedente que la rosa, para encarnar la inmarcesible perennidad de la Belleza. Y como todo símbolo, aunque sea contradictorio, la rosa hizo camino, y asumió a perpetuidad su fragante poderío como reina de las flores. Triunfó siempre de otras, transitorias advenedizas, que en algunas épocas quisieron usurparle el cetro y relegarla a segundo plano, sin conseguir desplazarla del favor colectivo. El mito es porfiado y vuelve por sus fueros. Y éste tiene un riego secular que prolonga y afirma sus raíces de tal modo que aunque la flor muera, otra brota de inmediato, y el rosal es eterno. El viejo tema, donde toda novedad parece excluida, promueve una vez y otra más la sugestiva atracción que no decae, elude el lugar común, se salva del manoseo, del uso y abuso que se ha hecho de él, triunfa hasta de las cursilerías con que a veces se ultraja a las gráciles protagonistas, y mantiene en vilo el prestigio de una originalidad insospechosa, pues en torno de la flor fragil se anudan la literatura, el arte, el misticismo, para entretener, como en esos tapices en los que ella resplandece, la loa interminable de su largo reinado. Desde la antigüedad hasta nosotros, un persistente aroma de rosas abrade el ritmo de la historia.

—000—

Nacida de la sangre de Venus, roja y pasional, estalla en guirnaldas en medio del desenredo de las fiestas dionisiacas, y Anacreonte la canta en versos en los que se mezcla la lujuria y el vino, mientras silenos ebrios coronados de rosas esculpen el altorre leve mitológico de la pagania, y los lebreles de Artemisa, en los bosques sagrados, pisotean a la carrera las rosas que alfombran el paso de la diosa. La flor se hermana con la Sulamita, "rosa de los valles", en el Cantar de

Salomón, y el soplo bíblico la ennoblece para siempre —rosa de Jericó, rosa de Sion...— con la grandeza que mana del Libro de los Libros. En toda la poesía de Oriente, expande el resplandor avasallante de una prioridad sentimental: es el corazón del enamorado, es la mejilla o la tez de la mujer elegida, es el término superlativo de comparación con la bienamada, es la manera eufemística de aludir a la lozanía de la existencia. Su gozo inmediato y fugaz representa una edad de la vida que pasa pronto, que no dura —como en el verso famoso de Malherbe— sino "l'espace d'un matin". Por eso los poetas exaltan la virtud pasajera y codiciable, el florecimiento único, la flor tomada a tiempo, con un fondo escéptico que no han cambiado veinte siglos de cristianismo: pues en torno de aquellos "rosales del jardín" a los que alude Dario melancólicamente en su "Canción de Otoño en Primavera", se dan cita todavía Abz-ul-Agrib y Omar Khayyam, Djelal Eddin Rumi y Saadi, el autor de "El jardín de las rosas", y Hafiz, cantor de las que florecían en Chiraz: amargos testigos todos ellos de la felicidad pasajera y de la caducidad de la sonrisa humana. Culmina su vitalidad alegórica en la Edad Media en el "Romance de la Rosa", el ingenioso poema que comenzó a escribir Guillaume de Lorris en el siglo XIII, y terminó Jean de Meung cuarenta años más tarde, en el que alternaban lo galante, lo erudito y lo satírico, rodeando la rosa de un nimbo literario, en tanto que en el siglo XV se salpicaba de sangre en el blasón de los Lancaster y los York, durante la guerra de las Dos Rosas. Pero se sublima, en cambio, en las catedrales góticas, recordando en el petreo prodigio que éstas configuran, la gran ventana circular, la rosa desplegando pétalos de vitrales para iluminar los recintos del recogimiento espiritual con la luz exterior tamizada a través de cuerpos de santos que arrojan en las enormes naves su policromía proyectada desde lo alto, cayendo sobre la cabeza de los fieles en una lluvia de colores, mientras inversamente asciende la espiral del incienso como concreción de las devociones de la tierra. El rosetón gótico es una corola de gracia sobre la "ruda piedra esculpida, que parece anticipar la coquetería con que más adelante las mujeres sabrán prenderse una rosa en el peinado.